

zar la línea de sitio; que deseaba detener esa imprudente operación, pero que no tenía la seguridad de que se respetaran sus órdenes por los jefes que obstinados en llevarla á cabo ya no obedecían á nadie; que, no obstante lo expuesto, se iba á aventurar á dar las órdenes para que se suspendiera la salida, y obedecieran ó no, me comunicaba que á las tres de la mañana dispondría que las fuerzas que defendían el panteón de la Cruz se reconcentraran en el convento del mismo; que hiciera yo un esfuerzo cualquiera para posesionarme de dicho punto, en donde se entregaría prisionero sin condición.»

Así se hizo, y el resultado fué que á las seis de la mañana del 15 los republicanos ocuparon todas las defensas exteriores de Querétaro y Maximiliano entregaba su espada al general en jefe Escobedo.

Añade éste en el citado documento que así á él como al coronel López les había exigido el emperador su palabra de guardar secreto acerca de la conferencia celebrada entre ambos por su orden, porque no se encontraba con bastante fuerza de ánimo para soportar el reproche que le hicieran sus compañeros de desgracia, y que lo guardarán por lo menos hasta que dejara de existir la emperatriz Carlota, cuya vida se apagaría al dejar de existir su esposo. Ambos se lo prometieron, y cumplieron tan fielmente su palabra, que el coronel López no vaciló en ser tenido universalmente por traidor, por no faltar á ella.

Ni Maximiliano ni nadie se hicieron ilusiones sobre la suerte que le esperaba. En vano fué que las potencias europeas y hasta los Estados Unidos se interesaran por él. El mismo emperador solicitó sin resultado una entrevista con Juárez, á quien también suplicó por escrito que se contentara con su sangre, dejando libres á Miramón y Mejía. Un consejo de guerra condenó á los tres á muerte, principalmente en atención al decreto de 3 de octubre de 1865, y el 19 de junio de 1867 fueron fusilados los tres al pie del Cerro de las Campanas cerca de Querétaro, habiendo mostrado todos en sus últimos momentos gran serenidad y entereza. El cadáver de Maximiliano fué entregado al emperador de Austria á su solicitud y llevado á Austria por la fragata *Novara*, la misma que tres años antes había conducido á los nuevos emperadores á Méjico.

De tan trágico modo concluyó una insensata empresa: un emperador pasado por las armas y una emperatriz demente.

Para Napoleón fué un golpe igualmente duro el fin desastroso de su protegido y el malogro de sus planes en América. Tuvo que reconocer en su interior que ninguno de sus propósitos había salido conforme á su deseo, y ni siquiera había conseguido el pago de las reclamaciones que habían dado pretexto para la guerra. La sabiduría política insondable que se le atribuyó durante una serie de años se estrelló miserablemente en Méjico; sus disposiciones indecisas y su retirada final habían dejado malparada su fama de hombre consecuente y enérgico en sus planes, y la ya menguada confianza que inspiraban sus palabras quedó destruída por la manera con que había tratado á Maximiliano.

XIV

LA CUESTIÓN DE POLONIA

Mientras se desarrollaban en Méjico los sucesos que dejamos narrados en los anteriores capítulos, surgía en Europa otra cuestión que no dejó de preocupar al gobierno francés, y que si no le ocasionó las pérdidas en hombres y dinero que le costó la expedición en favor de la monarquía mejicana, contribuyó por su contrario resultado á mermar la influencia de Napoleón en los consejos europeos, y lo que fué peor, le condujo á una desavenencia con Rusia, potencia á la que tanto debía el emperador. Nos referimos á la insurrección polaca de 1863.

Más de treinta años habían transcurrido desde que la fracasada sublevación de 1830 había hecho sentir á los polacos todo el peso del yugo moscovita, y aun cuando alguna que otra vez se habían reanimado sus esperanzas de mejor suerte, particularmente al advenimiento al trono de cada nuevo soberano ruso, la opresión en que vivían seguía siendo la misma. Pero llegó el año 1860, y durante él recibieron los polacos muchas excitaciones del extranjero para sacudirla. Era la época en que Italia conseguía su unidad, en que Garibaldi efectuaba su marcha triunfal por Sicilia y Calabria y en que dondequiera se hablaba de nacionalidades que se reconstituían, de grupos antes separados que tendían á unirse. Los polacos, que carecían de armas, no habían podido tener la temeridad de provocar la lucha; pero sí podían hacer manifestaciones que demostraran que la raza aún no había perdido su vitalidad.

No faltaban en Polonia aniversarios memorables de sus revoluciones ó batallas, y quiso conmemorarlos con funciones religiosas que enseñaran á las víctimas á conservar su recuerdo y que vinieran á ser para los vencedores rusos como un reproche pacífico á la par que ardiente. Los puntos de reunión debían ser las iglesias, los guías los sacerdotes, los emblemas los pendones parroquiales, y el único himno en que prorrumpiera la muchedumbre los cantos nacionales autorizados por la antigua liturgia.

El 25 de febrero era el aniversario de la batalla de Grochow y la víspera se habían pegado furtivamente en las esquinas de las calles de Varsovia unos anuncios manuscritos invitando al pueblo á reunirse en el antiguo mercado y á pasar desde allí á la iglesia vecina á rezar por los muertos. Una inmensa muchedumbre respondió á este llamamiento. Cuando salió de la iglesia, se diseminaron

por la ciudad cantando himnos patrióticos que terminaban con la frase: «Dios santo, Dios omnipotente, devuélvenos nuestra patria.» La policía quiso disolver los grupos, pero no pudiendo conseguirlo, lanzó dos escuadrones sobre aquella multitud inerme. Cayó ésta de rodillas sin interrumpir sus cánticos, y cuando se retiró quedaron en el terreno cuarenta muertos ó heridos. A los dos días otro aniversario sirvió de pretexto para una nueva demostración, y como en la anterior, intervino la fuerza pública causando diez muertos y más de sesenta heridos.

Era entonces gobernador de Varsovia el príncipe Miguel Gortschakoff que indudablemente hubiera dado una batalla á los revoltosos; pero ¿qué podía hacer con una gente que si daba muestras de reprobación, lo hacía sin resistencia, sin levantar barricadas, sin dar un grito subversivo ni disparar un tiro?

Como en la cuestión no había comprometido ningún amor propio, y lo que no se hubiera concedido á un pueblo sedicioso podía otorgarse sin desdoro á aquel pueblo que hacía sus peticiones de rodillas, el emperador Alejandro, que era bueno por naturaleza y liberal por convicción, acogió una petición firmada por los polacos más conspicuos, en la que se reclamaba el restablecimiento de las instituciones nacionales, y el 26 de marzo de 1861 promulgó un ukase concediendo á Varsovia y á las principales ciudades de Polonia el derecho de elegir ayuntamientos, estableciendo en cada distrito y en cada gobierno asambleas deliberantes de elección popular, así como un Consejo de Estado para todo el reino de Polonia, y nombrando al marqués Wielopolski, polaco adicto á Rusia, director de Cultos y de Instrucción pública. Estas concesiones podrían haber mejorado la situación; pero á los seis días una orden imperial mandando disolver la *Sociedad agrícola*, á la que pertenecían los hombres más ilustrados del país y estaba presidida por el conde Andrés Zamoyski, hizo que se olvidaran las recientes promesas y que no se pensara más que en la injuria recibida.

De nuevo se repitieron las manifestaciones, y las hubo el 7 y el 8 de abril en la plaza del Castillo, terminando como las anteriores por un ataque de las tropas que causaron cincuenta muertos y muchos centenares de heridos. Al día siguiente ni una sola persona dejó de presentarse vestida de luto en las calles de Varsovia.

Algún tiempo después, el 15 de octubre, fecha de la muerte de Kosciusko, el pueblo invadió la catedral de San Juan y la iglesia de los Bernardinos, y mientras cantaba tranquilamente sus himnos al pie de los altares, las tropas rusas cercaron ambos templos. Como la concurrencia se negaba á salir de ellos si antes no se retiraban los soldados, pasó en las iglesias cerca de diez y siete horas, hasta que por fin las tropas penetraron en ellas y se llevaron dos mil prisioneros á la ciudadela.

Todos estos excesos hicieron que la emigración polaca en el extranjero trabajara con mayor ahinco para revivificar las antiguas simpatías en favor de su patria, y una de las naciones donde se le profesaban con mayor sinceridad era Francia.

Napoleón había tenido en otro tiempo la idea de provocar una insurrección polaca para fomentar sus planes de otra clase; pero desde la paz de París y desde su inmediata aproximación á la Rusia se había limitado á recomendar reformas liberales tales como las concedidas entonces por el tsar. Por tanto el *Monitor* en 23 de abril declaró que el emperador estaba muy lejos de alentar deseos que no podía satisfacer, y que deseaba sinceramente que el tsar no se dejara influir por manifestaciones violentas para negar las reformas realizables en Polonia. A pesar de esto, los polacos en París no renunciaron á la esperanza de un cambio en la política del emperador, sabiendo que el príncipe Napoleón y el conde de Walewski trabajaban á favor suyo. Entretanto empeoró la situación en Varsovia; el gobernador general, Gortschakoff, persona de índole conciliadora, había muerto; su sucesor decretó el estado de sitio sobre todo el país, y Wielopolski salió del ministerio; por manera que pareció haber renunciado el tsar á su política de reformas. En junio de 1862 dió, sin embargo, un nuevo paso en esta senda: nombró á su hermano Constantino lugarteniente y encargó al marqués de Wielopolski el gobierno de todo el país. Varios atentados contra la vida de estos dos hombres y mayores exigencias de la nobleza, que se dejó gobernar enteramente por el conde Zamoyski, deshicieron también esta vez toda esperanza en el buen resultado; y el temor de una revolución general indujo al tsar á decretar una quinta para purgar el país de elementos de desorden, según se decía.

Esta quinta era en realidad una leva forzada, pues no se dirigió contra los campesinos, gente de pasiva resignación, sino contra la juventud de las ciudades, pronta á todas las manifestaciones que afirmaran la independencia. Su realización fué un verdadero acto de crueldad y de despotismo. En la noche del 14 al 15 de enero de 1863, los agentes de policía, con el auxilio de la fuerza armada, penetraron en las casas designadas de antemano para proveer al tsar de soldados; y se apoderaron de los jóvenes, ó á falta de ellos, de sus padres, llevándolos á todos á la ciudadela. Lo que se hizo en la capital se repitió en las principales ciudades del reino.

Los que pudieron salvarse de esta razzia y los que se creyeron amenazados huyeron al campo, se refugiaron en los bosques y fueron al poco tiempo el núcleo de la insurrección que por fin estalló de veras.

En Francia empezó al propio tiempo una viva agitación en favor de los polacos. En pocos días recibió el Senado francés más de cuatrocientas peticiones, entre las cuales había una firmada por individuos de la Academia, obispos, ex ministros y diputados. El ponente de la comisión, Larabit, apoyó el 17 de marzo una orden del día expresando la confianza de que el emperador haría en favor de Polonia todo lo que fuese justo y posible. En contra de esta proposición pidieron el príncipe Napoleón, el príncipe Poniatowski, el conde de Walewski y otros, que el asunto pasara al gobierno, á lo cual se opuso Billault y de consiguiente no se hizo así; pero el ministro expresó al mismo tiempo vivas

simpatías por el pueblo amigo, y el emperador, en un billete que luego fué publicado, le dió las gracias por haber sabido conciliar tan perfectamente la simpatía en favor de los polacos con el respeto debido á soberanos y gobiernos extranjeros. Al discutir la contestación al discurso de la corona se había tratado también en el cuerpo legislativo la cuestión de Polonia, principalmente por Guyard-Delalain y Julio Favre; pero allí no hizo ninguna promesa el ministro Billault y se limitó á aconsejar á la Polonia que confiara en la magnanimidad del tsar, de la cual podía esperar mucho más que de intentonas de sublevación, declarando al final que el gobierno del emperador era demasiado celoso de su dignidad y de la de la Francia para repetir la frase favorable á los polacos que bajo la monarquía de julio se repetía en todas las contestaciones de los discursos del trono.

A pesar de esto, Napoleón no pudo resistir á la tentación de aprovechar esta cuestión en pro de su popularidad. Dióle pretexto para ello el convenio firmado por Rusia y Prusia el 8 de febrero de 1863. Este convenio era una habilidad diplomática del ministro de Negocios extranjeros prusiano Otón de Bismarck, que entonces entraba en escena. Unos doce días antes de la quinta de Varsovia, el general Gustavo de Alvensleben, ayudante de campo de Guillermo I, recibió el encargo de marchar á San Petersburgo con objeto de demostrar al gobierno ruso la solidaridad de las dos potencias, los peligros que corría el orden público y la necesidad de una acción concertada. «El rey, decían las instrucciones de que era portador, está persuadido de que los intereses de los dos gobiernos están amenazados por la cuestión de Polonia. Este movimiento de emancipación no se detendrá, sino que atravesará la frontera real y perturbará las provincias prusianas lo mismo que las que dependen de Rusia. A las dos cortes les alcanza por igual, y por consiguiente tienen interés en oponerse á él.»

De la conferencia que celebró el general Alvensleben con el autócrata ruso resultó el convenio que fué firmado por aquél y por el príncipe Gortschakoff, y en virtud del cual los jefes prusianos y rusos podrían prestarse mutuo apoyo en los límites de ambos Estados, y en caso necesario atravesar la frontera en persecución de los rebeldes. Se designaría un estado mayor superior, escogido entre los oficiales de los dos ejércitos, para velar por la ejecución del convenio.

Túvose éste oculto por espacio de algún tiempo, pero al fin traslució á las potencias y los diferentes gobiernos se alarmaron. Napoleón se lisonjeó de que, ejerciendo una fuerte presión sobre Rusia, lograría apartarla del convenio, lo cual hubiera hecho valer el emperador como un gran triunfo de su política. A fin de no exponerse á una negativa invitó á los gobiernos de Inglaterra y Austria á unirse con Francia y pedir en una nota común, redactada en términos corteses, la anulación del convenio.

Este objeto de Napoleón fracasó completamente, porque ni Inglaterra ni

Austria quisieron dar un paso que había de arrojar al gobierno de Prusia completamente en los brazos de Rusia y que fácilmente podría suscitar una guerra europea. Por lo demás la Rusia misma en 22 de febrero renunció á la aplicación del convenio, y Bismarck, hablando con el embajador de Inglaterra, le calificó de letra muerta. Por tanto, Drouyn de Lhuys en 1.º de marzo tuvo que renunciar á ulteriores maniobras y sólo se reservó seguir los sucesos con el interés que merecían, asegurando que los deberes de la Francia en este asunto eran los mismos que los de las otras potencias. Esta retirada diplomática estaba calculada únicamente para ocultar los pasos que había dado Napoleón al mismo tiempo, porque había escrito en aquellos días una carta autógrafa al tsar recomendándole que hiciera de la Polonia un reino independiente bajo el gobierno del gran duque Constantino. Como era de prever, recibió una contestación negativa en 10 de marzo, y dió á conocer su disgusto al embajador ruso, Budberg, diciendo que sentiría mucho tener que encontrarse en un campo enemigo del tsar y que suplicaba á Dios que esto no sucediese.

En seguida envió á Viena un agente oficioso, Debrauz de Saldapenne, á fin de indagar allí si había medio de contar con el Austria para una guerra en grande escala. Hay que suponer que recibió noticias favorables de su agente, porque se atrevió á exponer al embajador de Austria, príncipe de Metternich, un programa según el cual el Austria se desprendería de la Galitzia y la Croacia, obteniendo en cambio la Silesia, los Principados danubianos, la costa albanesa del Adriático y la hegemonía en Alemania, indemnizándose á la Turquía en el Cáucaso. Metternich se encargó de presentar estas proposiciones á su soberano, pero éste no quiso comprometerse á nada sin la anuencia de Inglaterra, cuyo embajador, lord Bloomfield, le desilusionó completamente respecto de toda cooperación de su gobierno. A su vez se mostraron Inglaterra y Austria dispuestas á intervenir, en unión con la Francia y por la vía diplomática, á favor de los polacos. Los despachos que dirigieron á este fin el 10 y 12 de abril á San Petersburgo eran diferentes, tanto en su forma como en su contenido. El Austria se fundaba en las dificultades que resultaban para ella de las repetidas sublevaciones polacas, para manifestar que en vista de los últimos triunfos de sus armas podía ejercer benevolencia y vencer así el resto de la resistencia. El gobierno inglés se refirió ante todo á los tratados de 1815, según los cuales estaba obligada la Rusia, enfrente de las demás potencias del congreso de Viena, á dar á la Polonia una constitución independiente. La Francia por fin hizo ver el efecto que las revoluciones continuamente repetidas habían de ejercer de rechazo sobre el resto de Europa, poniendo en peligro la buena inteligencia entre los gabinetes. Gortschakoff contestó con mucha habilidad, retorciendo este argumento, que el levantamiento de los polacos había sido provocado por el partido revolucionario general europeo, que tenía apoyo en varios países de Europa, y suplicando á los gabinetes que cooperasen por su parte á cegar esta fuente de descontento.